



Escolares y miembros de la compañía de espectáculos infantiles «La Federica», ayer, en el teatro Campoamor. | David Cabo

Elena San Emeterio  
Oviedo

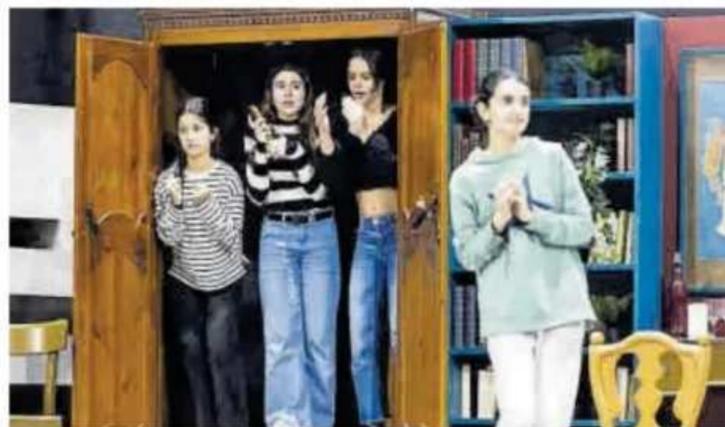
La ópera también es cosa de niños. Y así lo demuestra la compañía de espectáculos infantiles «La Federica», con sede en Gijón, que estrena obra el próximo sábado 27 de enero con dos funciones –a las 17.30 y a las 19.30 horas– en el teatro Campoamor de Oviedo y que ayer invadió el escenario para ensayar la obra de Puccini «Gianni Schicci». Un ensayo al que pudo acudir una treintena de escolares a través de una actividad que se enmarca dentro del proyecto «Educa, Disfruta, Participa», ideada por «La Federica» y patrocinada por la Fundación EDP.

En la función se representará una adaptación infantil a cargo de Maite García Heres, directora y fundadora de «La Federica», y de Adrián Arechavala, músico, de la ópera «Gianni Schicci». Se trata de una obra cómica a la que puso música Giacomo Puccini, cuyo libreto en italiano escribió Gioacchino Forzano en 1918 y que está basada en la «Divina Comedia» de Dante. La versión que interpretará el elenco de «La Federica» es en castellano. Esta compañía está compuesta por una veintena de jovencísimos estudiantes de Música. La menor, María García, tiene solo 8 años, mientras que los mayores alcanzan los 15.

«Es difícil hacer el papel de viejito porque yo soy todo lo contrario, pero cuando le coges el truco mola mucho», aseguró Manuel Cañas, que interpreta a Simone, un señor de 70 años. En la compañía los roles los reparten poniéndose de acuerdo entre todos, eso sí, guiándose siempre de García Heres, cuyo consejo los aspirantes a ser cantantes esperan y atienden con admiración. La directora luanquina aporta un fuerte nexo de unión sin el cual el elenco no se hubiese interesado por la ópera.

## La ópera es un juego de niños

La obra de Puccini «Gianni Schicci», adaptada por la compañía gijonesa «La Federica», llega el sábado al Campoamor



Sobre estas líneas, de izquierda a derecha, Carlota Pelegrín, Cayetana Martínez, Julia Viñuela y Adriana Cañas. Abajo, los integrantes, en escena. | D. Cabo



Otro punto en el que coinciden todos los miembros de la compañía es el «compromiso y el sacrificio» que conlleva participar en una actividad así. Lejos de achacarlo a la falta de tiempo libre o a escasa vida social, los cantantes opinan que el mayor problema surge a la hora de compaginar los ensayos con los estudios. «Es muy difícil, hay que estudiar, ir a clase, muchos van también al Conservatorio, hay que participar en los ensayos y al llegar a casa estudiar también la ópera y al final se convierte en un cúmulo gigante de cosas», indica Sara Montoto, para cuyo problema encuentra una sencilla solución: «Si te organizas bien lo puedes hacer».

Ante la idea de actuar ante el público, los cantantes están «nerviosos, pero no mucho, porque no nos asusta actuar aunque se trate de un teatro tan grande como el Campoamor», expresó Daniel Villar. Y es que la motivación se hace más presente a medida que se acerca el estreno. «Como es la recta final estamos más motivados, porque queremos que salga bien, hacer algo grandioso», se sumó Jorge Martínez al coro de ilusiones.

## El trasluz Cúidense de ellas



JUAN JOSÉ MILLÁS

El éxito de Nadal (como persona, no como tenista) estaba basado en su normalidad. Esto era lo que a la gente le encantaba: que era normal. Rico y normal, famoso y normal, afortunado y normal. En muchas ocasiones escuché decir que se trataba del yerno deseado por cualquier familia normal. De ahí la extrañeza que ha producido su decisión de convertirse en embajador del tenis (o algo así) de un país con estructuras medievales desde cualquier punto de vista que se observe. Pero la normalidad, hipócrita lector, mi semejante, mi hermano, siempre ha sido muy peligrosa. Recuerden lo que ocurre cuando se entrevista a los vecinos de alguien que ha cometido un acto horroroso como, no sé, el de ir a comprar el pan con la cabeza de tu madre, recién decapitada, bajo el brazo:

–Pues se trataba de un hombre muy normal, muy educado –dice la vecina del cuarto.

–Siempre me daba las buenas tardes –asegura el vecino del tercero.

–A mí me ayudaba con las bolsas de la compra –remacha la portera de la finca.

Nadal no ha cometido algo tan atroz, pero denle tiempo porque es el epítome (signifique lo que signifique epítome) de la normalidad. Era (es) tan normal que prefería conducir un KIA a un Mercedes. Se lo escuché decir en una entrevista en «La Resistencia», el programa de Broncano. Por supuesto, el tenista tiene en su garaje varios coches, cada uno mejor que el anterior, pero como sus gustos eran normales, prefería pasear con el KIA. Hace cuatro o cinco años salió una biografía suya sobre la que me abalancé, aunque no me interesa el tenis. Pero acababa de leer la de Agasi, que me pareció apasionante. Pues bien, tuve que abandonar la en la página 15 porque era un puro encefalograma plano. ¿Por qué? Por la normalidad.

De todos modos, no dejé de seguirle la pista porque temo a las personas normales más que a un tifón. Y no me ha defraudado: ahí lo tienen: embajador de un país en el que la pena de muerte se prescribe como la aspirina, en el que hay esclavismo o en el que las mujeres son consideradas legalmente menores de edad. ¿Y lo hace por necesidades económicas? No, lo hace por gusto, porque a las personas normales les gustan cosas raras. Cúidense de ellas.\*